

DE UNA SINFONIA DE STRAUSS



LA música se presta, a veces, para acariciar vagos, lejanos ensueños—no soy un degustador puro de la melodía, ni pretendo comprender, interpretar las ideas que se musicalizan—cuando oigo música en estas salas llenas de silencio y corrección, mi espíritu, si la música es buena, se escapa pronto a recorrer caminos infinitos—y me basta que de vez en cuando se suspenda esta fuga imaginativa en uno de esos momentos de «color» en el que las notas pugnen por sobrepasarse unas a otras, se mezclen y choquen, enfurecidas, entre sí, para después de sostenerse a gran tensión en lo

alto, descargarse de ella unas veces en los timbales y otras en ese dulce y pastoril «corno» inglés—entonces dentro de mí, los recuerdos y las imágenes se enganchan en rápidas evoluciones y se siente la gran complacencia y el amoroso consuelo de representarse «todo lo que se pudo hacer y no se hizo» y de oírse en coloquio íntimo «todo lo que se pudo decir y no se dijo».....; y de esa oscura subconsciencia saltan a modo de chispas juicios repentinos, observaciones, claros vislumbres, comentarios, sorpresas.....—en una de las pasadas noches brotó esta pequeña divagación.

—Una señora gorda, de brazos suficientemente rollizos, una de esas señoras que lo invaden todo, de las que toman «su hora de baile» en privado, se derrumban a la hora del te y durante los entreactos sostienen, a pesar del régimen de adelgazamiento, entre sus dedos destellantes, la sebosa salchicha, me dijo al terminar un baile: Usted no parece español—¿qué hombre tan frío!—usted baila muy tranquilo—los españoles deben bailar más vivo, llenos de temperamento y de pasión—pero usted no se ha debido enamorar nunca, ¿verdad?—pasó rauda la imagen de un amigo mío girando en las vueltas con extraña rapidez y como yo a esta señora no la podía mover más aprisa contesté tan sólo a su última insinuación.

—Señora,—la dije:—enamorarme, es verdad, no me he enamorado nunca del todo; no he tenido una enérgica y acabada fisiología con la cual hubiese podido impedir llegar a un momento en que me daba cuenta de que todos mis entusiasmos eran puramente cerebrales y, hoy, andamos con los muelles rotos y no se inventan nuevos mitos con los que llenar el vacío de la vida; hoy en día, señora, hemos realizado demasiado las cosas y se nos pretende consolar con el relativismo y Pirandello; pero estas dudas y estos fantasmas no nos producen nuevas ilusiones, señora—..... y, aquí, de un salto me transporté al día en que me abrí a la vida púber: me vi a los 13 años, en mi pueblo, con pantalón azul corto, marinera blanca y el sombrero de paja ancho y redondo con letras doradas en la cinta diciendo «Lusitania»—había venido del colegio a pasar en casa las vacaciones de Semana Santa—era un Viernes Santo de luz zuloaguesca que se ahondaba en el alma—aquel año mi tía que solía encargarse de estas cosas me vistió de San Miguel—yo estaba gordezuelo y mantecoso y, ya de chico, en la escuela los mayores me pellizcaban y me decían «guri»—con aquel traje de seda bordado, las medias de un rosa pálido, las alitas en la espalda, y, sobre todo con el fulgor de mi casco, escudo y coraza llevando la espada hacia el cielo, me veía precioso—por los frottes enérgicos que mi tía al lavarme me dio y más que nada por la vergüenza y emoción de salir acompañado de dos alabarderos tiesos de «frac» y «chistera» entre las miradas de la gente, llevaba la cara encendida—pasamos por los portales de algunas familias donde nos obsequiaron y entramos en la iglesia—al subir las escaleras del altar mayor escoltado por mi falange de angelitos, en aquella oscuridad, entre luces tétri-

cas, me temblaba el corazón—pero me mantuve firme, con cierta gallardía, de pie, delante de la Cruz, como correspondía a un capitán valiente—un mundo de sombras inundaba la nave—un triángulo de velas encendidas iban siendo apagadas, una a una, no sé por quién—con unas palmas, opacas, sordas, se engarzaba el rosario de los salmos—unas voces ásperas y chirriantes, agazapadas en el incógnito, que salían de gargantas en trance de estrangulación, cantaban los maitines alternando unos con otros—de vez en cuando pensaba en mis amigos que, como yo en años anteriores, estarían comiendo avellanas en la escalera de la casa del Vicario—se corrieron las cortinas rojas de los ventanales y la oscuridad fue absoluta—empezó el sermón—aquella voz bronca de acentos desgarradores dirigiéndose a Jesús Crucificado se hendía en el alma—yo no podía más—vi con los ojos humedecidos desclavar un brazo, luego otro, los dos pies, y bajar el cuerpo pendiente de una larga sábana y depositarlo en el sepulcro encristalado—hacia el final aquella voz se dirigió a mí y habló de mi poder contra Lucifer—¿cómo se llenó mi alma de orgullo y audacia!—apreté tensamente el pomo de mi espada y la hice brillar a derecha e izquierda—cuando al poco rato, una voz de barítono, valiente, con algunos trémolos, cantaba el *Stabat Mater* yo rompía a llorar—salimos en procesión—aquella luz y mi sensibilidad exaltada me ahogaban—yo no podía mirar a nadie—marchaba delante el féretro y a los costados de éste los guardias civiles, de gala, con calzón blanco y levitas negras con listas de un rojo vivo, llevaban sus maússers con el cañón hacia abajo—una fila de estandartes, imágenes de pies desnudos, escapularios, hábitos, iba lentamente entre dos cordones de hombres con teas encendidas—un poco más adelante que nosotros un hombre gordo, confundido entre el coro, lanzaba al aire con su instrumento profundos resoplidos—de vez en vez nos deteníamos en alguna esquina y los que cargaban con las imágenes descansaban apoyando las angarillas en unos hierros largos—la gente se agolpaba en las encrucijadas y los balcones eran manchas policromas—en una revuelta levanté la vista y fueron dos ojos «nuevos» negros y un blanco escote resaltando en lo oscuro de su traje que quedaron clavados en mi alma—al enfilar la calle Magdalena, en suave pendiente llena de colgaduras y de verdor, la más típica en estas ocasiones, las alas se me hicieron de carne y fue un vuelo celestial el que emprendí.

—Después de este recuerdo, como cerezas salieron otros recuerdos de aquel tiempo, que se harían interminables de contar—de aquellos tiempos en que rimábamos «playa» con «raya» y desde el balcón de casa del «Barbero» seguíamos con gemelos, las noches de fuegos artificiales y con luz de luna las andanzas de nuestros amores—nuestra fruición oyendo contar a los mayores chistes picantes y las largas sentadas en el banco en frente de la parada del tranvía para ver las pantorrillas de las chicas con falda estrecha—los paseos por Lezo, Capuchinos y sus tímidos encuentros—los partidos de pelota, los domingos con excursiones, sidrerías y las discusiones; aire, aire puro y corazón.

—Pero no, no, algún azar: basta de recuerdos, de añoranzas, no nos abandonemos en brazos de estas sirenas—¿estamos agotados los vascos o qué? ¿se fue todo esto para siempre?—acción, Zalacain, años de vida intensa, lucha, actuar, actuar—el humor renteriano es la sal de su vida; pero hay mucho miedo al ridículo y a exponerse a los cuatro vientos—nos mata el comentario.

—Así se deslizó esta sinfonía—un coro de melenas sacudidas—una teoría de brazos desnudos—una música de ojos brillantes—curvas femeninas moduladas por la batuta en el aire.....me gustan, me gustan estas sinfonías de Strauss.

L. SAMPERIO.



Un rincón pintoresco de Rentería

Viena-junio-1924.